Bajo un mismo sol

Crónica

Se abrió la ventana
y entró el aire,
se plantó en tu pelo,
brote de pájaros.

Rasgó las sábanas,
trepó tus piernas,
se internó en tu sombra
¿la luz o yo?

Poco a poco el sol
se bebió la noche.
Esto que pisas
es la claridad.

Mientras abres los ojos
yo despierto
entre cosas diversas
de este mundo.

El día ruge:
sílaba blanca,
redoble de pies
sobre la página.

Te oigo llamar
desde el otro lado,

y yo, desde este lado,
te respondo.

Buenos días,
decimos en silencio,
mientras compartimos
el pan, la risa,

los pasos largos
de la muerte
y los pasos cortos
del recuento.

La piel de este día

El aire que mece la hierba,
el verde de tus ojos,
la inclinación de estas sílabas,
la voz que roza el aire
y se inflama,
la inclinación de tu cuerpo
(junco frutal del universo)
hasta tocar el río.
Tú misma tendida sobre mi origen,
proclamando la palabra que no digo
y que mis manos acarician.
Bajo tu piel surge otra piel
donde se dibuja la hidrografía
de estas horas: constelaciones
de pájaros, ríos. Metamorfosis.
Mundo que se roza en el mundo,
como la hierba de mis letras
inclinadas sobre la hierba
bajo un mismo sol de septiembre,
unidas un instante en la ilusión
orgánica que llamamos vida.

Desde la tarde incendiada me miras
y nos mordemos los labios

por el solo gusto de callarnos,
de que nuestras lenguas hablen
una misma sustancia indivisible;
por el gusto de devolvernos el nombre
para borrarlo de nuevo en la piel
de este día.

Mundo

L'espace est notre milieu
Et le temps notre horizont
Paul Eluard

A Carmen

I

Mientras tú te desvistes
la hora es cada vez menos tiempo:
rescoldo del día sobre la arena
de mi alfabeto.
La tarde se desvanece
en un morado intenso.
En los cristales el día se despide.
Pies desnudos a la orilla de mi deseo.

Tu pelo es un incendio en esta casa,
sirena tornasolada en la selva
ululante de la ciudad.
Toca este umbral
donde ya zarpan ejércitos de silogismos
al mar de las refutaciones.

Veo peces girando en tus tobillos,
y en tu pecho, semillero de pistilosílabas,
crece una luz de claridades.
La hora se cierra, se abre tu casa:

fresco zaguán en la canícula,
ventana a la calle de mi calle.
Se abren tus ojos, el tiempo no pasa.

Todo es cuerpo.

Si tú eres tierra, yo el zahorí:
murmullo en la opacidad del tiempo,
gruta de la sirena, puerta de la muerte.
Oigo los meteoritos de tus exclamaciones,
los sonidos de tu nombre disueltos
en la saliva de tus labios,
los sonidos de tu cuerpo reunidos
en tu nombre.

La hora es cada vez menos tiempo:
somo el arco que se tensa,
una mitad,
una distancia.
Estás desnuda,
la luna en el alféizar de tu voz,
mi cuerpo en el círculo del agua.

II

Pero entra la que todo se lo lleva,
como una falla que retumba
en los orígenes.
Oigo mi nombre: vidrio roto en la jaula
(Cruje tu voz como el otoño).
Nos miramos de pronto
y vemos la distancia,
las manos ateridas,
disperso el nombre entre los reflejos
de la ciudad.

III

Levántate y marca un número de socorro,
pregunta por el invierno, no olvides
informarte de la distancia
que hay entre la boca y el aire.
Pon la radio y la televisión,
nos dirán que algo ha pasado:

el universo se expande

mi ojo derecho está más allá
del alcance de mis manos;
tus muslos ya no son tu cuerpo.
No me mires así *¿quién eres?*
¿Por qué de pronto te pareces tanto al periódico?
¿Por qué corta mi voz como un cuchillo?

Estábamos tumbados sobre el día
y el viento abrió las puertas:
se llenó de musgo el cuarto
y sufrimos la sed que no se sacia.
Se oyó un grito.
Nosotros, desde el Imperio de la Distancia,
somos testigos calcinados
de ese grito.
La historia abrió su caudal magnético
en tus axilas,
abrió portillones en mis piernas,
dilató tus pezones
como un mar de sangre.
Vi en la pared el grito,
en los parietales de cristal de mi memoria,
el Gran Accidente.
¿Dónde fue, qué huesos fueron los pastos
de tales incendios?
Tal vez
el accidente es la palabra,
el tacto
del tibio vértigo de tu cintura.

Vuelve a la leve luz de esta lámpara.
Es inútil que te informes,
no pasó nada nunca en ninguna parte.
Nacer y morir es esto que nos ocurre:
ven y pon fuego,
no preguntes por el futuro,
derrama tu presencia,
siembra en esta herida.
La hora volverá.

Costado remoto

Ahora que se ha marchado me pregunto
quién fue aquella muchacha.
Algo sabía de su vida,
edad, estudios, profesión
y el calor de su cuerpo entre mis manos.
En algún momento me hice ilusiones:
oía el mar en sus oídos
y caminábamos por las calles
camino del encuentro
bajo la palpitación del verano.
No sé qué pasó
ni en qué palabra enfermó nuestro cuerpo,
pero un día volví a verme solo,
preguntándome quién fue aquel
que unió su costado remoto
al lejano costado de otra vida.

Persona

Tenía un hueco en su cuerpo,
su hueco era la forma de un cuerpo,
un vacío habitado por pájaros
y un vacío vacío,
el no de los síes, el otro lado

de la mano que recorre la hora
haciendo crecer la piedra en su vértigo.
A veces, en el fragor de algún bar,
sentía la proximidad de sus límites.
El hueco era una mujer
cuyo pelo se encendía en la noche,
las manos en su gravitación
eran algo más que reales
—es real el chancro y la muerte—:
eran la agitación de las semillas
en el cuenco de la risa,
el acuerdo anterior a las ideas,
a las idas y venidas de las palabras.
Su cuerpo era el hueco de otro cuerpo,
estaba lleno de ese cuerpo.

Juan Malpartida